

CAPÍTULO 10. EL LÉXICO Y LAS CLASES SINTÁCTICAS DE PALABRAS.

10.1) La distribución de los lexemas en clases de palabras: el problema de la controvertida universalidad de las partes de la oración.

La división tradicional de las partes de la oración o clases léxicas se ha caracterizado tradicionalmente según los tres criterios siguientes: significado léxico, categorías morfológicas marcadas y funciones sintácticas (Whorf, 1945; Lyons, 1966; Hopper y Thompson, 1984: 703-704). Desde un punto de vista evolutivo, se supone que la diferenciación de las palabras en partes de la oración comenzaría al mismo tiempo que la oración empezó a tener más de un miembro. En los estadios más arcaicos, cuando las lenguas tuvieran una estructura aislante, la única oposición gramatical entre palabras sería sintáctica. Tal estadio según algunos autores parece encontrarse aún hoy día en algunas lenguas poco desarrolladas. Esta argumentación se basaba en datos como los aportados por A. Sommerfelt (1938:73) sobre la lengua australiana aranda. En esta lengua diferentes elementos significan conceptos imprecisos que para nosotros pueden ser verbales o sustantivos, según el contexto. Así, *(u)la* significaría 'pie' o bien 'ir', *ka* correspondería a 'filo', 'cortar' o 'cosa cortada' e *ipita* significaría tanto 'agujero' como 'profundo', según funcione como palabra determinada o bien como determinadora. Posteriormente, la especialización de las palabras en ciertas funciones sintácticas fue seguida por la creación de categorías morfológicas específicas. En opinión de algunos lingüistas, como Lucia Wald (1971: 83-90), se deben rechazar las tesis logicistas que afirman que el factor esencial de la distinción de palabras en partes de la oración fue la habilidad del pensamiento en distinguir cosas, cualidades y acciones. Según Wald el factor o elemento decisivo de tal diferenciación fue la función sintáctica de las palabras. Tal criterio tiene un apoyo en hechos como el que un mismo concepto puede ser expresado por diferentes partes de la oración (*dolor/doler/doloroso*; *temer/temor*; *llover/lluvia*) o que la misma parte de la oración puede designar acciones, objetos y cualidades (p.ej., *carrera*, *blancura*, *mesa*

semánticamente indican acción, cualidad y entidad mientras que sintácticamente son todas sustantivos). Sin embargo, en contra de la opinión de Wald puede demostrarse que sí existe una capacidad de distinción en los humanos entre entes y eventos y que esta distinción aparece de uno u otro modo en todas las lenguas del mundo.

Evans (2000:103) plantea como punto de partida del estudio de las clases de palabras la aceptación general de que la diferencia entre nombres y verbos es la más importante dentro de las distinciones clasales. Si una lengua tiene sólo dos clases ‘abiertas’, estas corresponderán normalmente a una clase verbal y a otra nominal, mientras que otras clases como los adjetivos serán asimiladas a una subclase de aquellas dos. Las propiedades ontológicas (físicas objetivas) o de otro tipo que determinan que una captación léxica pertenezca a una u otra clase han sido expuestas por diversos autores. Así, Givón (1997: 220; 1994: 55) ha planteado la *estabilidad temporal* como criterio diferenciador. Hopper y Thompson (1984: 703.704) y Thompson (1988) han planteado la *dimensión discursiva* de esta división; es decir, en el discurso determinadas entidades son tratadas como ‘eventos referidos’ (verbos), o bien como ‘participantes manipulables’ (nombres). Langacker (1987) planteó el problema fundándose en las propiedades de cómo los humanos piensan y categorizan tales entidades. Los *nombres* se pensarían como una ‘región en algún dominio’ y los *verbos* como la ‘perfilación de un proceso’.

Sean cual sean las capacidades de los humanos para distinguir entre entes y eventos lo que sí es indiscutible es que la evolución del habla hacia el discurso articulado propició la división de las palabras en tipos o clases de palabras. La división de las palabras, por tanto, se crea como consecuencia de una especialización, según la cual el **predicado** comienza a funcionar como *verbo*, el **sujeto** como *nombre*, el **atributo** como un *adjetivo* o numeral y el **modificador adverbial** como *adverbio*. Por predicación ha de entenderse una construcción en la que una nueva información se introduce acerca de una entidad dada. En la predicación existe un predicado, que es la parte de la predicación que contiene nueva información, y un sujeto, que es la entidad dada. El sujeto puede también considerarse como argumento. Según Meshchaninov (1949:8), como las partes de la oración están estrechamente conectadas unas a las otras fue fácil que se formaran marcas morfológicas específicas de ciertas clases de palabras.

El grado de morfologización de las partes de la oración, o lo que es lo mismo, de su separación formal, depende tanto del nivel de evolución que el lenguaje haya alcanzado como del tipo de su estructura morfológica. Este grado es bajo en las lenguas aislantes y alcanza su máximo nivel en las flexivas. Otro de los problemas que han sido objeto de discusión durante más tiempo es el de cuál fue la parte de la oración creada

en primer lugar. Algunos investigadores, como Bréal (1924:192), pensaban que el habla inicialmente se componía de pronombres. Su justificación era que los pronombres se pueden encontrar en casi todas las lenguas y que representan un elemento tan importante que es difícil imaginar un estadio lingüístico sin ellos. Los pronombres se crearon, sin duda, instintivamente y pudieron ser acompañados inicialmente de un gesto. La oposición entre los pronombres y las restantes palabras aparecería posteriormente y fue precisamente cuando los pronombres no bastaron para la comunicación cuando empezaron a crearse los sustantivos, adjetivos y verbos. Según Wald (1971), si se entiende por pronombre lo que hoy entendemos, tal hipótesis es errónea, ya que el pronombre tiene un significado abstracto que no podría aparecer en el comienzo del lenguaje. Si, por el contrario, por pronombre se entendieran palabras que tienen significados deícticos, acompañados de gestos, tales palabras podrían haber existido, aunque estaríamos tratando con una categoría léxica y no con una parte de la oración.

Desde antiguo ha sido una idea recurrente el que los elementos primordiales del lenguaje eran las raíces verbales, y así se refleja en la tradición gramatical india, griega y semítica. Un punto de vista opuesto lo expuso en la antigüedad M. T. Varrón, quien afirmaba que el lenguaje comenzó por nombres, punto de vista adoptado por otros lingüistas, que apoyan su argumentación en el hecho de que en muchas lenguas las formas verbales se crean todavía mediante temas nominales a los que se añaden afijos de pronombres personales.

Para entender la formación de las primeras partes de la oración hay que situarse en el periodo en el que, supuestamente, el vocabulario estaba compuesto de radicales que eran estructuralmente similares. En este estadio existían oraciones primarias compuestas de un solo miembro en las que la palabra expresaba ideas sincréticamente, las cuales se hacían explícitas por medio del contexto y también de gestos. Cuando la oración empezó a tener más de un miembro fue cuando la oposición *palabra-sujeto* y *palabra-predicado* comenzó a perfilarse. En un primer momento, esta oposición se expresaría mediante el orden de palabras y la entonación. La misma palabra podría ser sujeto o predicado según lo que se quisiera expresar, sin modificar su forma, situación que de forma más o menos similar todavía se encuentra en las lenguas aislantes. El proceso de especialización comenzaría conforme aumentara el número de palabras y oraciones; determinadas palabras, en virtud de su significado léxico, ocurrirían más frecuentemente en una función sintáctica o en otra y, al mismo tiempo, esa especialización sintáctico-funcional de sujeto y de predicado contribuiría a especificar su significado léxico.

Se ha sugerido que la agrupación en clases de palabras y su marcación con un indicador de clase se produjo a causa de la **concordancia**. Esta necesidad surgiría

cuando la distinción entre sujeto y objeto de la acción no fuera únicamente deducible de sus características de animicidad o inanimicidad. La categoría del número, que era inicialmente una categoría léxica, se convertiría mediante la concordancia en una categoría gramatical. La función predicativa también daría lugar a la aparición de ciertas categorías conectadas, bien con las relaciones con el sujeto, tales como persona y voz, o con el significado de la palabra predicativa propiamente dicha, tales como aspecto, modo, tiempo. Debido a la marcación de tales categorías gramaticales, tendría lugar gradualmente y en diferentes grados la separación morfológica del nombre frente al verbo.

10.1.1) Semántica lingüístico- formal vs. semántica ‘óptica’. Clasación y pseudo-clasación de lexemas.

La realidad es captada a través de unas formas simbólicas intermedias y procedimiento combinatorios (lexemas y estructuras sintácticas). El número de estas formas simbólicas es muy reducido en relación con el número de realidades que se procesan mediante ellas. Existe una propiedad del lenguaje vinculada a la relación que se establece entre las cosas y los signos que las representan que podría definirse como *vestuario estandarizado* o ‘tallización’. El lenguaje en su diseño es **discreto** y **escalar**, es decir, es como las tallas de calzado o las prendas de vestir, cada cierta discontinuidad se crea una nueva talla de ‘uniforme’ pero no hay un número infinito de tallas en las que pudieran encajar a la perfección todas aquellas realidades que se pretende ‘vestir’. La consecuencia es que tanto los lexemas como las clases de palabras y las estructuras sintácticas son ‘uniformes’ y las cosas y personas ‘vestidas’ se encuentran con un uniforme lingüístico que les cae mejor o peor.

Las propias condiciones especiales que hacen del lenguaje un instrumento válido para distinguir lo esencial de lo accesorio, lo permanente de lo variable hacen que las cosas del mundo necesariamente tengan que ser captadas y codificadas de manera esquemática y con pérdida de detalles. En el lenguaje un signo vale por una realidad. Este canje conlleva que en algunas ocasiones se distorsione la verdad sobre el *realia* representado por los signos. La capacidad de fidelidad del lenguaje con respecto al mundo es sólo relativa.

Un problema a plantear en relación con muchos lexemas, especialmente aquellos que designan conceptos abstractos, es la diferencia entre **semántica subyacente** (óptica, preclasal) y **semántica lingüístico-formal** (sobreimpuesta, gramatical). En la semántica natural conceptos como ‘hombre’ y ‘padre’ por ejemplo, son diferentes. ‘Padre’

realmente no es un objeto sino una relación, es decir, una persona caracterizada por una relación. Algunas lenguas prueban este hecho denominando lo que nosotros llamamos *padre* con una frase verbal equivalente a *padrear*. La igualación de ‘hombre’ y ‘padre’ en español a todos los efectos categoriales y gramaticales no deja de ser un engaño del lenguaje. En somalí (Evans, 2000:156) ciertos términos de parentesco son nominales pero muchos grados de parentesco en la generación descendiente no están lexicalizados:

<i>inan</i>	<i>aan</i>	<i>adeer</i>	<i>u</i>	<i>ahay</i>
chico	1 sg	FB	BEN	COP: 1 SG
‘mi sobrino’ (lit. ‘un chico del cual yo soy tío’)				

<i>caruur-tii</i>	<i>ay</i>	<i>ayaayad-da</i>	<i>u</i>	<i>ahayad</i>
niños- ART	3 SG.FEM	FM/MM- ART	BEN	COP: 1 SG
‘sus nietos (de ella)’ (lit ‘los niños de los cuales ella es abuela’)				

El lenguaje no puede evitar imponer uniformes a las palabras pero las palabras o mejor dicho, las cosas designadas por estas se rebelan a ser uniformadas de manera simplista y esta rebelión trasciende y aflora de muchas formas en las complejas distribuciones y funcionamientos de las formas lingüísticas. Semánticamente, por tanto, la palabra se encuentra siempre en una encrucijada. La palabra es forma pero también es las cosas que designa. La semántica formal-gramatical es discreta y el paso de una clase a otra se hace por **saltos escalonados**. La semántica léxica por el contrario es un continuo; ningún signo es exactamente igual a los demás, y esta radical diferencia de los signos no se puede obviar porque frente a nosotros están siempre los referentes, la terca realidad de las cosas, para recordarnoslo. Esto hace que haya *verbos más verbos que otros, verbos transitivos más transitivos que otros, sustantivos más sustantivos y sustantivos menos sustantivos*. Hay adjetivos que expresan nociones claramente cualitativas: *profundo, alto, viejo, joven*, etc. y otros que tienen una fuerte base semántica sustantiva o verbal, así, *petrolero, minero, municipal*. Frente a estos ejemplos, en el adjetivo *salino* encontramos más cualidad, en tanto en cuanto hay un mayor número de sustantivos pueden poseer tal cualidad (agua *salina*, etc.). Muchos adjetivos no cualitativos adquieren un valor metafórico fuertemente cualitativo; así, *férreo*, que equivale a ‘duro, esforzado’ en la expresión ‘voluntad férrea’.

La ‘clasación’ de la realidad.

Según Whorf (1996 [1937]:262) una de las cosas que diferencia al inglés y al hopi es asignar distintos tipos de experiencia a verbos o a sustantivos. El inglés utiliza

sustantivos para ‘invierno’, ‘verano’, ‘mañana’ mientras que el hopi no utiliza para ellos ni la clase verbal ni la nominal sino a una clase especial, a un tipo de adverbio que se traduciría aproximadamente como ‘cuando es verano’, ‘cuando es la mañana’. Las ideas para ‘recordar’, ‘esperar’, ‘inferir’, se pueden expresar en hopi mediante adverbios, mientras que en inglés se exige verbos.

Las palabras tienen a menudo una **multidecantación clasal**. La razón no siempre se debe a que el *realia* lexicalizado muestre una indeterminación respecto a los rasgos dinámico/estático, estabilidad/ inestabilidad, tipo/ característica, etc. como es el caso de ‘doler/dolor’, ‘tronar/trueno’ etc, sino que por una comodidad comunicativa modificacional y proposicional los nombres genuinos se presentan como adjetivos (relacionales) y los verbos genuinos se presentan como sustantivos (abstractos) y como adjetivos (participiales, etc.); los adjetivos genuinos a su vez se presentan como sustantivos abstractos y a veces como verbos. Es decir existen en nuestras lenguas palabras como *blancura*, *movimiento*, *tiempo* etc., que son auténticas ficciones lingüísticas. Externamente la ‘blancura’ pertenece a la clase de las entidades o cosas aunque ontológicamente es una cualidad. ‘Movimiento’ y ‘circulación’ también aparecen como entidades aunque realmente son acciones. Se dice ‘Los campos verdean’ expresando como verbo lo que básicamente es una cualidad (salvo en el sentido de ‘empiezan a tener color verde’). Tales engaños o ficciones tienen sin embargo su razón de ser y su utilidad comunicativa y cognitiva. De hecho es una ventaja el que una lengua pueda contar con deferentes tipos de *realia* presentados en distintas ‘envoltura’. Según Croft, (1991: 53) con objetos, propiedades y acciones la lengua efectúa diversas operaciones comunicativas:

	Referencia	Modificación	Predicación
Objetos	vehículo	<i>del</i> vehículo, vehicular, <i>en</i> el vehículo	<i>estar</i> en el vehículo
Propiedades	<i>blancura</i>	blanco	<i>ser</i> blanco
Acciones	<i>destrucción</i>	<i>destruyendo</i> , <i>destruido</i>	destruir

10.2) Diferencias entre nombres y verbos. Las ‘partes de la oración’ según la semántica profunda de las palabras.

La distinción *nombre/verbo* se encuentra, al menos parcialmente, en todas las lenguas, aunque existe una polémica sobre los grados de distinción (Whorf, 1945; Kinkade, 1983; Hopper y Thompson, 1984; van Eijk y Hess, 1986; Jelinek y Demers,

1994). La distinción *nombre/verbo* representa una estructura gramatical mínima que se expresa incluso en las lenguas aislantes. A lo largo de su evolución, incluso las lenguas que pierden sus inflexiones, como el chino, inglés, etc. preservan algunas distinciones entre estas dos clases. Existen, sin embargo, opiniones tajantes contrarias a la generalidad de esta distinción básica. Bloomfield (1933:20) explícitamente denunció la universalidad de la pareja:

“Las únicas generalizaciones útiles sobre las lenguas son las inductivas. Rasgos que pensamos tienen que ser universales pueden estar ausentes de la siguiente lengua que procedamos a estudiar. Algunos rasgos, tales como la distinción de palabras verbales y palabras nominales, constituyendo partes de la oración separadas, son comunes a muchas lenguas pero son inexistentes en otras”.

Sapir (1921:[1954]:155) estudió ya el caso del término del nootka *inikw*, que según la opinión de este autor es tanto una entidad verbal como nominal y que se glosa como ‘fuego’ o ‘arder’ según el contexto:

inikw-ihl ‘fuego en la casa’
inikw-ihl ‘arde en la casa’

ihl- es un elemento derivativo que significa ‘en la casa’ y no atenúa el carácter vago e impreciso. Esto se puede conseguir sin embargo mediante otros elementos de afijación exclusivamente nominales y verbales. Así mediante *-i*, especie de artículo añadido como sufijo y mediante *-ma* que es un elemento proposicional añadido también como sufijo:

inikw-ihl-i ‘la quemazón de la casa, el fuego en la casa’
inikw-ihl-ma ‘arde en la casa’

Whorf es, asimismo, un convencido de la inexistencia de verbos y sustantivos como categorías universales (1945:9-10):

“¿Puede haber lenguas no sólo sin nombres y verbos selectivos sino incluso sin estativización (nominalización) y verbación? [...]. En hopi, la distinción *verbo-nombre* es importante en una base selectiva; en inglés es importante en una base modular. En nitinat (lengua amerindia del grupo wakashan) no parece existir [...] La capacidad de hacer predicaciones u oraciones declarativas y de aceptar tales módulos como son la voz, el aspecto y el tiempo, es una capacidad que tienen todas las palabras plenas.”

Desde la perspectiva actual la polémica sobre la existencia universal de la distinción nombres y verbos está superada en lo esencial y necesita sólo ser matizada en algunos aspectos según se conozca más sobre cómo las diferentes lenguas categorizan clasalmente los diferentes ámbitos y dominios de la realidad. Está demostrado que biológicamente los humanos nacen preparados para distinguir *realia* básicamente estáticos y *realia* básicamente dinámicos. Una persona sin lenguaje podría distinguir entre *caballo* y *relinchar*, aunque los asociara estrechamente. De igual modo distinguiría el ‘caballo comiendo’ del ‘caballo trotando’ o del ‘caballo en el prado’. La razón es que existen suficientes discontinuidades espaciales y temporales entre ellos para no hacerlo. Caso diferente es el de ‘fuego’ y ‘arder’. Objetivamente resulta difícil separar el uno del otro porque ambos son la misma cosa. Una lengua que no tenga mecanismos para hipostasiar como hacen las lenguas europeas, podrá fácilmente expresarlo sin necesidad de decidir que se trata de una ‘estaticidad’ o una ‘dinamicidad’. Por esta razón el caso del *nootka* citado por Sapir no constituye en realidad ningún hecho sorprendente.

Cuestión diferente es que las lenguas lleguen todas al mismo tiempo y con la misma nitidez a distinguir entre nombres y verbos. A lo largo de la evolución de las lenguas la diferencia entre nombres y verbos se ha ido haciendo cada vez más fuerte y señalada. El creciente número de marcas formales se conecta con el cambio tipológico desde un tipo aislante al aglutinante y al flexivo. Hay autores sin embargo, que sugieren que en un estadio inicial la oración nominal y la oración verbal eran una sola. Según esta teoría la frase nominal ha continuado en el antiguo estado en el cual el predicado todavía no se había especializado como verbo. Según E. Benveniste (1950:17), en las antiguas lenguas indoeuropeas, la construcción nominal sigue existiendo junto a la oración verbal. La razón es que cuando el predicado expresa una cualidad y no una acción las especificaciones de tiempo y modo apenas son necesarias. Así, en ‘yo soy abogado’, ‘tú eres inteligente’, la cópula es perfectamente prescindible. En ruso actual se suele prescindir de la cópula en oraciones predicativas nominales del tipo *ia bolen* ‘estoy enfermo’. Lo mismo ocurre en persa antiguo, p.ej., *mana pitā Vištaspā* (‘mi padre es Vištaspā’) y en griego, *kreíssōn gar basileús* (‘pues el rey es fuerte’). En las lenguas fino-ugras, como el finés, lapón, ostiako, permiano prevalece la oración nominal. En las lenguas fino-ugras el verbo, al parecer, no es muy viejo y su formación frecuentemente se hace mediante raíces nominales con pronombres personales aglutinados (tesis que Bopp (1833) mantenía con respecto al verbo indoeuropeo).

Sobre las categorías gramaticales como género, número, etc. su origen y aplicación a las partes de la oración plantea desacuerdos entre los especialistas, ya que la distribución en las diferentes lenguas del mundo no es la misma que existe en las lenguas europeas. En muchas lenguas, la marca de persona se asigna automáticamente

a cada palabra predicativa. Para la formación del adjetivo se ha sugerido que la función determinativa se expresó inicialmente por un nombre en oposición a otro nombre. Las palabras que expresan cualidades gradualmente se especializaron como adjetivos, debido a su significado léxico y a la función sintáctica 'atributo' derivada de ello. Finalmente, llegaron a adquirir la categoría específica de los grados de comparación, que caracteriza formalmente a las palabras que tienen una función determinativa. En las lenguas indoeuropeas, incluso en los textos más antiguos, parece ser que las categorías nominales de género, número y caso están representadas siempre, lo que prueba el origen común de estas lenguas. Sin embargo, no sucede lo mismo con las categorías verbales. En los textos indios e iraníes más antiguos a menudo aparecen categorías vagas y sincréticas cuyo significado puede ser especificado sólo por un contexto. Es el caso, p.ej., del *injuntivo*, que tiene valores de tiempo, modo y aspecto. En el verbo primitivo indoeuropeo parece ser que las oposiciones de voz más antiguas se originan a partir de la oposición entre **verbos de estado** (que producen la voz media) y **verbos de acción** (que producen la voz activa).

La distinción de palabras en nombres y verbos, correspondiente a la distinción funcional entre sujeto y predicado, no resulta proporcional ni equitativa. En general es la palabra predicativa, es decir, el verbo, la que resulta más cargada y marcada morfológicamente. Y ello a pesar de que inicialmente el nombre sujeto parece ser el primero en marcarse y caracterizarse con los rasgos de número, género y caso. El verbo no solamente se hace más lleno sino que además las oraciones verbales dominan en número y, naturalmente, en diversidad y complejidad, a las nominales. La oración nominal, por su parte, sufre una modificación cuando se inserta la cópula, portadora de categorías verbales diferentes, como tiempo, aspecto, modo, etc. De hecho, el origen de la cópula es incierto, aunque hay razones para pensar que proviene de verbos de ubicación y existencia desemantizados (§ 5.5.1).

Como se ha indicado anteriormente, bajo las distintas categorías de palabras (partes de la oración) late una fuerza viva referencial que no se deja dominar por la formalidad de las asignaciones o decantaciones categoriales. Este hecho debe ser tenido en cuenta al iniciar una descripción gramatical o léxica. El comportamiento lingüístico de un lexema o de un gramema está fuertemente condicionado por la naturaleza ontológica de la realidad o fenómeno que describe. Entre los trabajos pioneros que han puesto de relieve esta ambigua relación entre *decantación* lingüística y fuerza semántica primigenia están los de Hopper y Thompson (1980) y el de Tsunoda (1985) sobre la transitividad. La *transitividad* (Hopper y Thompson, 1980) ya no se ve en clave *todo o nada*, sino en clave *más o menos*. Hay verbos que por su semántica profunda son más transitivos que otros aunque formalmente en una lengua concreta esta diferencia no se haga notar o se

descubra tan sólo por procedimientos indirectos. Hopper y Thompson propusieron explicar la transitividad basándose en diez parámetros semántico-ontológicos. Tsunoda, basándose en trabajos de Lakoff, Comrie, etc. estableció una **caracterización gradual de los verbos** según estos tuvieran un efecto directo en los pacientes (*matar, romper, doblar, golpear, gritar, comer*), fueran verbos de percepción (*ver, oír, escuchar, mirar*), verbos de seguimiento (*buscar, esperar*), conocimiento (*comprender, recordar*), sentimiento (*amar, desear, tener, jactarse*), relación (*poseer, tener, faltar, corresponder, consistir*) y habilidad (*ser capaz, ser bueno en algo*), etc. Estos verbos, al ser estudiados en diferentes lenguas, como inglés, japonés, vasco, tibetano, samoano, esquimal y warrungu, mostraban unos patrones de decantación casual, como p.ej. construcciones ergativas, absolutivas, nominativas, acusativas, etc. sorprendentemente coincidentes, aunque no necesariamente iguales. La conclusión de todo ello es que la asignación o decantación lingüística en diferentes lenguas no se hace ni de manera totalmente arbitraria ni de manera absolutamente paralela (y objetiva). Esto quiere decir que existen recurrencias y coincidencias en la forma en que las diferentes lenguas dan forma lingüística a la realidad, aunque naturalmente esta recurrencia no es exacta y universal. Es un hecho probado que en cada una de las diferentes lenguas de mundo existe un amplio margen para la variedad y el azar en las decantaciones clasales (el hecho que unos *realia* ‘afloren’ en esa lengua como una u otra parte de la oración).

Lo que en unas lenguas se expresa como verbos en otras se expresen como adjetivos, se explica no como un hecho caprichoso de la lengua sino como una posible solución a un problema de *categorización clasal* sobre unos dominios ontológicos sin solución de continuidad. Gracias a las investigaciones de Dixon (1977), sabemos que dentro de lo que consideramos adjetivos hay unos que son más adjetivos que otros. Al núcleo de los adjetivos de todas las lenguas pertenecen los de tamaño, color y valoración.

La clase de los adjetivos tiene una amplia frontera con los verbos. En español existe una amplia zona de solapación o aproximación entre verbos y adjetivos. Obsérvense los siguientes ejemplos:

- Este suelo resbala= este suelo es resbaladizo
- Las estrellas brillan= las estrellas están brillantes
- Hoy el aire sofoca= hoy el aire es sofocante
- Hay cosas que fascinan a los niños = hay cosas que son fascinantes para los niños.
- La comida pica= la comida es/está picante

De hecho algunas teorías sobre los verbos activos intentaban descomponerlos sistemáticamente en ‘*ser+adjetivo*’, algo que sólo es posible con algunos adjetivos y

verbos correspondientes. Conceptualizar unos *realia* como verbos puede tener ventajas como p.ej. poder determinar origen, fin (aspecto) o las relaciones interargumentales. En español las actitudes y el comportamiento se suelen expresar mediante adjetivos. Se dice ‘su amante es generoso’ y no ‘su amante *generosea’. De todas maneras existen **adjetivos transitivos** (dos argumentos), que son todos los que pueden tener una extensión preposicional, ‘ser atento con’ (atender), ‘ser generoso con’, etc. En español el *color* se conceptualiza como adjetivo salvo en algunos casos como p.ej. ‘los campos verdean en mayo’. Otras lenguas como el ruso tienen gran facilidad para expresar que los colores ‘colorean’, así el conocido verso de Lermontov:

Beleet parus adinokii, ‘blanquea una vela solitaria’ (en el mar).

Cualquier lector independientemente de cómo exprese esto su lengua materna puede fácilmente estar de acuerdo en que la percepción o impresión que recibimos al ver una vela blanca en la lejanía del mar apareciendo y desapareciendo se expresa mejor mediante un verbo dinámico que no mediante un adjetivo estático.

10.3) Los adjetivos.

Para entender algunos aspectos de la semántica del adjetivo conviene remontarse a las características ontológicas previas que tienen ciertos *realia* antes de convertirse en un tipo o clase de palabras (parte de la oración). Según Givón (1984: 55-82), las entidades del mundo se fragmentan en un eje de *estabilidad/ inestabilidad temporal* mediante una polarización que da lugar a las dos clases mayores (nombre y verbos); los nombres, que denotan en general entidades, son los más estables; en el otro extremo del continuo léxico están los verbos, que en su mayoría representan acciones o sucesos. La clase de los adjetivos se inserta entre estos dos extremos: son menos estables temporalmente que los sustantivos, aunque más estables que los verbos. Esto, en parte explicaría que haya adjetivos que están más cerca del verbo ya sea por tener un carácter **resultativo** (*lleno, roto*) o por tener un carácter **temporal** (*deseoso, atento*). Todas las lenguas han encontrado útil seleccionar algunas propiedades estables, salientes, diferenciadoras y ‘consagrarlas’ en el lenguaje con una designación propia. Sin embargo, el espacio en que se solapan adjetivos y verbos es muy amplio y también los adjetivos y sustantivos. Muchos adjetivos del español se expresan mediante verbos estativos en gran número de lenguas.

En algunas lenguas la contigüidad entre verbos y adjetivos se manifiesta en la facilidad con la que ciertos adjetivos llevan morfemas que usualmente son exclusivos de

los verbos. Así, en japonés, los adjetivos se dividen en varios grupos. De ellos, destacan por su importancia tipológica los acabados en *-i*, como *takai*, que forman un grupo cerrado y tienen morfemas temporales iguales a los verbos aunque su sistema es defectivo respecto a los verbos: *takakatta* ‘fue caro’, *takakereba* ‘sí es caro’, *takakute kawanakatta* ‘era caro y no lo compré’. Como poseen inflexión verbal, algunos tipólogos como Dixon (1982) no los consideran verdaderos adjetivos. Sin embargo, tampoco pueden considerarse auténticos verbos ya que son defectivos, forman un grupo cerrado y poco numeroso y nunca rigen nombres marcados por *wo* sino por *ga*. Dado que la distinción entre verbo y adjetivo dista de ser universal, parece razonable aceptar la existencia de una categoría intermedia entre estos con características de ambos. Las diferencias de estabilidad y permanencia de los adjetivos en el tiempo no sólo hace que en lenguas como el japonés existan adjetivos conjugables, que en otras lenguas las cualidades se expresen preferentemente con verbos estáticos sino también que se creen recursos sistemáticos (gramaticales) para matizar la mayor o menor estabilidad de los adjetivos. En español se distingue mediante el empleo de *ser/estar*. Además, por naturaleza hay adjetivos esenciales y otros transitoriales. Otros adjetivos pueden ser tanto esenciales como transitoriales según a quien o a qué se atribuyan. En kogui, lengua de Colombia (Ortiz Ricaurte, 2000: 773) existen **calificadores esenciales**. Formalmente se caracterizan por estar prefijados por *-a*; así *a-buci* ‘blanco’: *ehiē zaku’a a’buci* ‘ese vestido es blanco’. Existe también otro grupo de **calificadores transitoriales** que se construyen con cualidades percibidas por la visión y también otro grupo de cualidades percibidas con sentidos diferentes a la visión. Estos se expresan por calificadores compuestos por un verbo fosilizado y significan cualidades transitorias y no esenciales, p.ej. *saka hu’ingaze* (la luna está redonda), *inzi* ‘maluakze (la yuca está dulce).

Diferencias entre sustantivos y adjetivos.

Normalmente se establece la diferencia existente entre un nombre sustantivo y un adjetivo según las dos siguientes nociones: los sustantivos designan ‘sustancias’ o ‘entidades’ y los adjetivos ‘cualidades’. Tal definición no satisface a ningún lingüista y, por supuesto, no explica suficientemente las posibilidades de diferenciación que existen entre lo que comúnmente llamamos nombres sustantivos y nombres adjetivos.

El problema que se plantea es determinar sobre qué base hay que establecer la diferencia entre adjetivos y sustantivos: una base formal o una base semántica. Jespersen puso de manifiesto que el basar las diferencias entre adjetivos y sustantivos en criterios meramente formales no es suficiente pues hay muchas lenguas que formalmente no distinguen entre adjetivos y sustantivos de una manera clara en el aspecto formal, no hay

marcas especiales que distingan a una raíz nominal de una raíz adjetival, aunque en las que lo hacen las dos clases de palabras se comportan de manera similar y presentan la misma distribución. Según Jespersen:

“Adjetivos y sustantivos tienen mucho en común, y hay casos en los que es difícil decir si una palabra pertenece a una u otra clase, por lo tanto es conveniente tener un nombre que abarque a ambos y, de acuerdo con la antigua terminología latina..., usaré la palabra *nombre* (noun) para la clase amplia de la que sustantivos y adjetivos son subdivisiones... aunque la distinción formal entre sustantivos y adjetivos no está marcada con igual claridad en todas las lenguas estudiadas, hay, con todo, una tendencia a hacer tal distinción. Es también fácil mostrar que donde las dos clases se distinguen, la distribución del trabajo es esencialmente la misma: las palabras que denotan ideas tales como *piedra, árbol, cuchillo, mujer* son siempre sustantivos, y las palabras para *grande, viejo, brillante, gris* son siempre adjetivos. Esta coincidencia indica que la distinción no puede ser puramente accidental: debe haber alguna razón intrínseca, algún fundamento lógico o psicológico (‘nocial’)” (Jespersen, 1968 [1924]:73-74).

Es significativo el hecho de que Jespersen escogiera una terminología en la que utiliza una palabra común, *nombre*, para referirse tanto a sustantivos como a adjetivos, lo cual es una prueba de que Jespersen, al igual que otros lingüistas, consideraba que existían gran cantidad de similitudes entre los sustantivos y los adjetivos. A pesar de esto y a pesar de que las funciones que en nuestras lenguas realizan los adjetivos son cumplidas en otras muchas lenguas por sustantivos y por verbos, se hace imprescindible establecer unos criterios de distinción claros ontológicos y lingüísticos entre estas dos tipos de palabras.

Aparte de las diferencias señaladas por Givón en el eje de *estabilidad/ inestabilidad temporal* se han apuntado otras diferencias esenciales entre adjetivos y sustantivos. Para Wierzbicka (1986:368), la distinción entre sustantivo y adjetivo se debe a que los sustantivos agrupan conceptos que no pueden reducirse a combinaciones de rasgos. Así, ‘transatlántico’, ‘fontanero’, ‘calabaza’, etc. Los sustantivos nombran un **tipo** y los adjetivos una **propiedad**. Los sustantivos designan realidades cuyas propiedades y características conocemos no a través del lenguaje sino a través de la experiencia directa; es decir, no se trata de significados formulacionales sino de significados referenciales. Normalmente los sustantivos transmiten una imagen que trasciende todos los posibles rasgos enumerables. Un ‘bar’ es un espacio físico tridimensional, con paredes, suelo, techo, barra, bebidas, comida, camarero(s), clientes, etc.; pero la suma de estos datos (que son a su vez complejos de definir) no nos daría la totalidad de la

información, es decir, el significado de ‘bar’ ya que en nuestra memoria conservamos el recuerdo de muchos bares concretos. Cada uno de estos bares puede caracterizarse por una decoración especial, por unas comidas típicas, por unos estilos de época determinados y un sinfín de informaciones que ninguna definición verbal por completa que fuera conseguiría transmitirnos. De aquí que la descomposición del significado sea una solución harto dudosa para dar cuenta de la naturaleza semántica de los entes designados por sustantivos. A través del lenguaje se podría dar una idea de ‘transatlántico’ como ‘una canoa tan grande como un poblado y con mucha gente’. Esto sería dar tan sólo una información aproximada de lo que es un transatlántico y la idea que se formaría la persona que oyera tal definición sería poco ajustada a la realidad. Definir tan sólo aproximadamente bien ‘transatlántico’ exigiría varias páginas de texto. Por tanto, la diferencia entre sustantivos y adjetivos se basa en los siguientes principios:

	SUSTANTIVOS	ADJETIVOS
1	conjunto de propiedades	una sola (o pocas) propiedades
2	clase (tipo)	propiedad

Según lo anterior, la conceptualización de los *realia* obedece a reflejos de características objetivas de los mismos así como a la mecánica informativo-proposicional de la comunicación humana. La diferencia fundamental entre el adjetivo y el sustantivo es una cuestión de complejidad conceptual. Mientras que **los sustantivos concentran un gran número de propiedades** (aunque su significado no pueda ser descompuesto discretamente en todas esas propiedades) los **adjetivos encapsulan una determinada propiedad y no otra**. La propiedad que expresan los adjetivos puede ser resultado de una combinación de varias nociones. Así el inglés *gaudy*, como su traducción al español ‘chillón’, significa un ‘color demasiado vivo como para ser considerado de buen gusto’, es decir, se combinan aspectos objetivos como es el color con valores subjetivos. El sustantivo ‘coche’ (Wierzbicka, 1985a: 123-144) es una realidad conceptual que solamente puede ser expresada mediante un gran número de propiedades mientras que el adjetivo ‘rápido’ representa una sola propiedad. Por ello, la complejidad de la descripción lexicográfica de un sustantivo es un hecho que está fuera de duda. Podría decirse que el grado de fusión al que ha llegado el sustantivo es similar al de un compuesto químico en el que, a través de determinadas reacciones, han llegado a enmascarse algunos de los elementos químicos primarios utilizados en su elaboración. Ese grado de concentración hace que sea posible ‘descomponer’ algunos rasgos, pero no otros, y finalmente haya que recurrir a una clasificación de carácter genérico (y no a una descomposición exhaustiva). Por esta razón, los adjetivos tienden a incrementar su valor *intensional* en detrimento de su *extensión* cuando se sustantivizan.

En español, p.ej., se puede aplicar un término de color a cualquier entidad visible pero, además existen en algunos casos ciertas connotaciones que los adjetivos han ido adquiriendo y que restringen drásticamente su ámbito de aplicación cuando son utilizados como sustantivos:

-*Ya no existen rojos como los de antes, la democracia los ha ablandado.*
-*Los verdes presentaron una moción de censura en un pequeño ayuntamiento de Asturias.*

Ciertamente de algunos sustantivos se puede extraer un rasgo prototípico y de esta manera entendemos enunciados como 'No me hablo con su cuñada que es una verdulera'. Cuando un sustantivo, aunque sea de los que tienen menos complejidad semántica pasa a ser usado como un adjetivo ello implica automáticamente una reducción de propiedades. Así, si 'verdulera' sustantivo pasa a ser usado como adjetivo, retiene sólo una o varias de las características reales o supuestas del sustantivo. Lo mismo ocurre con 'diplomático', 'científico', 'torero', 'lacayo', etc. Si se hiciera la prueba de forzar la interpretación de términos sustantivos como adjetivos, tal como ocurre en los siguientes ejemplos:

- 1) Ella es muy *catedrática*
- 2) Antonio es muy *tendero*
- 3) Julia es muy *portera*
- 4) Juan es muy *monje*

automáticamente el oyente trataría de seleccionar una cualidad o sólo unas pocas para entender los enunciados. Así, *catedrática* podría entenderse quizá como 'persona muy segura de sus propios conocimientos', o bien como 'persona que se da aires de superioridad'. *Tendero* podría interpretarse como 'mercantilista, aficionado al dinero, persona sin imaginación'; *portera* como 'persona chismosa' y *monje* como 'persona austera'.

El adjetivo en las diferentes lenguas del mundo.

Dixon descubrió al comparar la existencia y las características de los adjetivos en diferentes lenguas que no todas las lenguas tienen la clase *adjetivo* y que muchas tienen tan sólo un inventario reducido. Formalmente el navajo no tiene adjetivos. Los adjetivos en navajo son casi por entero formas en tercera persona de verbos neutros que denotan cualidad, estado o condición (Kluckhohn y Leighton, 1946:261). En yimas (Foley, 1991:2) existen solamente tres adjetivos verdaderos. En andoque, lengua de Colombia,

(Landaburu, 2000: 280) no existen adjetivos, lo cual quiere decir que nociones que para nosotros son adjetivas se expresan mediante verbos, , p.ej. ‘bueno’ se expresa con el verbo $\phi\gamma\eta\tilde{\nu}$ que equivale a ‘ser bueno’. En jitnu, lengua de Colombia (Lobo-Guerrero y Xochitl Herrera, 2000: 621) sólo existen cinco raíces adjetivales: *pek’na* (grande), *tsir* (pequeño), *pe’hen* (nuevo), *pe’hu* (viejo) y *a’mé* (bonito). En igbo, lengua africana del grupo Niger-Congo, existen sólo ocho adjetivos: *grande/pequeño*, *viejo/nuevo*, *blanco/negro* y *bueno/malo* (Dixon, 1977: 56):

<i>úkwú</i>	‘grande’	<i>ńtá</i>	‘pequeño’
<i>óhú’rò</i>	‘nuevo’	<i>ócyè</i>	‘viejo’
<i>ójí’í</i>	‘negro, oscuro’	<i>óca</i>	‘blanco’
<i>ómá</i>	‘bueno’	<i>ójó’ó</i>	‘malo’

Según Dixon, el análisis translingüístico muestra que si una lengua tiene pocos adjetivos las cualidades más propensas a ser lexicalizadas como adjetivos son las más estables y permanentes, tales como *tamaño*, *longitud*, *anchura*, *género*, *color*, *textura*, mientras que las cualidades menos durables, como *frío/caliente*, *roto*, *enfadado*, *feliz/triste*, *desvestido*, etc. serán expresadas como verbos.

Origen de los lexemas adjetivos.

Los lexemas adjetivos pueden ser primarios o secundarios (derivados). Algunas cualidades pudieron ser percibidas de inmediato por el hombre, quizá nociones como la de *frío/caliente*, *pequeño/grande*, *bueno/malo*, etc., pero los datos lingüísticos extraídos de la mayoría de las lenguas apuntan a que los adjetivos son en general lexicalizaciones secundarias (§3.4.2). Las lenguas obtienen las designaciones de las cualidades extrayéndolas de aquellos objetos que más típicamente los poseen; en español *naranja*, *malva*, *violeta*, *castaño* (calco del francés *marron*), etc. En la lengua aranda de Australia (Spirkin, 1960: 263), *pita* ‘pozo’ significa también ‘profundo’ y, en algunos casos, ‘alto’; *arilpa*, ‘punta de lanza’ y también ‘agudo’; *inca*, ‘planta del pie’, ‘pisada’ y también ‘empinado’; *knara* ‘padre’ y también ‘grande’. En logbara (Crazzoralá, 1960:31), lengua nilosahariana del grupo sudanés central, existen adjetivos primarios usados sólo como adjetivos y adjetivos derivados de sustantivos, verbos y adverbios. Los primarios son de colores, tamaño, edad, bondad, maldad, defectos físicos, etc. Los adjetivos derivados existen en número ilimitado. Así de *àtsi* (fuego) se deriva *àtsi-rì* (caliente); de *àvò* (cadáver) se deriva *àvò-rò* (débil, enfermo); de *ɛwá* (elefante) se deriva *ɛwá-rò* (fuerte); de *òvá* (duiker, tipo de antílope) se deriva *òvá-rò* (gris). En general, en muchas lenguas hay asociaciones genéricas como ‘azul-cielo’, ‘rojo-sangre’, ‘hielo-frío’, etc. El español

utiliza este mismo procedimiento referencial para especificar algunas variedades de colores. Así se habla de *verde botella*, *amarillo butano*, *azul eléctrico*, *azul marino*, etc. Sin embargo, resulta difícil establecer la generalización de que en una etapa primitiva de su desarrollo las lenguas no diferenciaban entre las *cualidades* y los *portadores por antonomasia* de los mismos.

El desarrollo de las lenguas parece que conlleva el aumento del número de adjetivos puros, es decir, no sustantivos o verbos empleados con o sin modificación formal para significar cualidades. En acholi, lengua nilosahariana, (Malandra, 1955: 53) existen pocos adjetivos propiamente dichos, unos cuarenta, de los cuales sólo siete tienen inflexión; pero la lengua tiene mecanismos para expresar las nociones que usualmente se expresan mediante adjetivos, así numerosas denominaciones de pájaros y plantas predicadas por yuxtaposición sirven para expresar nociones de color. Por ejemplo:

tworo ‘sisal’ (planta)

bonone atworo, su vestido es verde

ocwalla bono m' atworo, me ha enviado un vestido verde

olik ‘murciélago’

acato dyan ma kome olik, vendí un buey de color marrón oscuro.

ocwak ‘un pájaro tejedor de color amarillo’

amito bono ma ocwak, quiero un vestido amarillo.

amur ‘duiker’ (animal que tiene este color)

aneno lee ma kome amuramur, yo he visto un animal de color gris ceniza

De todas maneras no siempre es posible establecer que el adjetivo sea siempre secundario. En el dialecto wakoora de la lengua gugu-yalanji de Australia, la palabra *guli* se utiliza como sustantivo ‘piojo’ y como adjetivo ‘salvaje, descarado’, aunque al parecer existen evidencias de que el sentido adjetival ha sido el primario (Dixon, 1980:110).

Semántica y sintaxis de los adjetivos.

Los adjetivos cubren una gama amplia de nociones y su semántica es variada. Esto se refleja en las diferentes propiedades y posibilidades sintácticas de los mismos. La primera distinción sintáctica de los adjetivos es la que diferencia sus empleos en **atributivos** y **predicativos**, también llamados **modificación** y **predicación** (Croft,

1991:103-131). Entre las distinciones semánticas que es necesario hacer entre los adjetivos en español está la de adjetivos **dinámicos** y adjetivos **estáticos**. Muchos adjetivos pueden funcionar dinámicamente. Esto quiere decir que adjetivos como *amable, grosero, cuidadoso, impaciente, divertido, aburrido, desagradable, descuidado, soso, desaborido*, etc. admiten construcciones como:

-*Tienes que ser divertido con la gente* (que equivale a ‘tienes que divertir a la gente’)
 -*No seas grosero; sé amable* (que equivale a ‘no te comportes groseramente sino amablemente’)

Los adjetivos dinámicos semánticamente tienen la posibilidad de designar una conducta o alguna característica que se pueda convertir en acción, por lo que el verbo *ser* en estos casos (y también *estar*) cumplen el papel, no de nexos copulativos en el sentido estricto, sino de nexos verbalizantes, es decir, que aportan los rasgos verbales *persona, tiempo, modo*, etc. a un elemento, el adjetivo, que por sí sólo no puede expresarlos.

Otros muchos adjetivos no aceptan estas estructuras dinámicas. Son adjetivos como *gordo, alto, moreno, rubio*, etc. Cf. **No seas delgado*. Sin embargo, la frontera entre adjetivos dinámicos y estáticos no es fácil de establecer ya que numerosos adjetivos pueden ser forzados para dotarlos del rasgo de dinamismo modificando con ello la semántica del adjetivo. Así, son perfectamente aceptables construcciones como *No seas bajo* (no te comportes mezquinamente), *No seas viejo* (no te comportes como un viejo), etc.

Una distinción de gran importancia en los adjetivos es la que diferencia entre adjetivos **adscriptivos** y **pertenenciales**. Se trata de una distinción entre adjetivos reales, es decir, aquellos que significan cualidades y pseudo-adjetivos, es decir, nociones nominales que se expresan en ciertas lenguas como adjetivos. Los adjetivos **adscriptivos** (también llamados **cualitativos**) significan cualidades o características graduables que ‘mapean’ continuos de manera polarizada o gradualizada, así p.ej. el peso, temperatura, color, etc. (*pesado/ligero, alto/bajo, frío/tibio/caliente, rojo/naranja/amarillo/verde*). Los adjetivos **pertenenciales** (o **relacionales**) incluye todos aquellos adjetivos que pueden ser parafraseados como ‘pertenecientes a, relativos a’, tales como *municipal* (perteneciente o relacionado con el municipio), *musical, ministerial, solar, químico, matemático*, etc. Como se ha indicado, los adjetivos **pertenenciales** no son propiamente adjetivos sino una fórmula léxica útil y económica que evita perifrasis. Cf. *impuesto municipal* (impuesto del (que pone) municipio), *empleado municipal* (empleado que trabaja en el ayuntamiento), *terreno municipal* (terreno que pertenece al ayuntamiento), *bando municipal* (bando que emite el ayuntamiento), *instrumento*

musical (instrumento que sirve para hacer música), *producto nacional* (producto fabricado en el país), *orden ministerial* (orden procedente del ministerio), etc. Las relaciones son potencialmente innumerables. Sin embargo, dado el conocimiento del lenguaje y del mundo que tienen los hablantes, estos saben que una ‘fuente municipal’ es una fuente que está en el municipio, una ‘piscina municipal’ es una piscina administrada por el ayuntamiento y un ‘impuesto municipal’ es un impuesto que se ha de pagar al municipio; son raros los casos en los que pueda plantearse una confusión, como p.ej., *delito estatal* (acción que es delictiva a nivel del estado o delito cometido por el estado), *energía solar* (energía del sol/que se produce teniendo como fuente el sol).

Los adjetivos **pertenenciales**, en su mayoría, se suelen usar como atributos en juntura (es decir, atribución o modificación), explicándose determinadas construcciones predicativas tales como *Sus competencias son provinciales* como un tipo de precisión ‘las competencias que posee tienen un ámbito provincial, no regional ni estatal’. Es decir, una definición clasificatoria que sirve para distinguir de otras tipificaciones de las competencias en cuestión. Los adjetivos pertenenciales en construcciones predicativas se suelen construir con *ser*. Sin embargo, muchos adjetivos pertenenciales se construyen con *estar* bien porque puedan entenderse como una actitud, pose o comportamiento (cf., *estás muy institucional*), bien porque aparte de su valor pertenencial hayan adquirido otros valores idiomáticos (cf. *últimamente no estoy muy católico* = ‘últimamente no estoy muy bien de salud’).

Desambiguación de los adjetivos polisémicos en el discurso.

Los adjetivos comparten con los verbos la virtualidad de la **aplicancia**, es decir, dentro de un amplio espectro de posibilidades semánticas aplican un sentido particular según el sustantivo (base de aplicación) con el que coaparezca. La enorme capacidad variancial y polisémica de ciertos verbos no conlleva ambigüedad porque el sujeto o el objeto actúan como elemento desambiguador. Así el verbo ‘correr’ designa realidades distintas en ‘correr el agua’, ‘correr el caballo’, ‘correr el niño’, ‘correr el coche’, ‘correr el tiempo’, etc. Lo mismo el verbo ‘coger’ no es ambiguo en construcciones como ‘coger una piedra’, ‘coger un resfriado’, ‘coger velocidad’, etc.

Los adjetivos, como elementos **modificadores** que son, tienen la tarea de precisar o restringir el significado del núcleo (del sustantivo). Esta restricción se puede hacer como proposición patente (estructura de predicación) o como proposición encubierta (estructura llamada de atribución directa o modificación). Dado que los adjetivos tienen una gama amplia de valores, o bien expresan solamente una noción genérica, cuando se

postulan de un ser específico (sustantivo) se actualiza y adapta este valor. Así, el adjetivo *bueno* significa cosas diferentes si decimos *billete bueno* (auténtico, de curso legal), *tiempo bueno* (despejado, sin nubes, sin frío ni demasiado calor, aunque eventualmente en época de sequía prolongada ‘buen tiempo’ puede llegar a significar lo contrario), *persona buena* (bondadosa, de buen corazón), *un buen profesor* (que enseña bien), *unas buenas tijeras* (que cortan bien), *un buen cazador* (que dispara bien), *una buena paliza* (una paliza dura) etc. y lo mismo *difícil* en *idioma difícil* (de aprender), *libro difícil* (de entender), *un hombre difícil* (de tratar), *alumno difícil* (de educar), *vida difícil* (de sobrellevar), igualmente *duro* en ‘*profesor duro*’ (exigente), ‘*clima duro*’ (inclemente), *asignatura dura* (difícil), *cabeza dura* (testarudo, falta de inteligencia), *material duro* (resistente, no blando), *época dura* (de malas condiciones de vida), etc. y lo mismo podría decirse en mayor o menor medida de casi todos los adjetivos. Ha de tenerse en cuenta que la **aplicación** de un adjetivo a un sustantivo es un ajuste (o reajuste) semántico-pragmático entre signos. Así, un *hombre positivo* es un hombre optimista, un *polo positivo* es una marcación arbitraria de la polaridad electromagnética y un *resultado positivo* puede ser de lo más negativo si se trata de ciertas pruebas clínicas. Se podría pensar, en este último caso, que *positivo* indique ‘negatividad’ pero es algo coyuntural y sin relevancia alguna. Esta es una explicación demasiado cómoda y simplista y no basta decir que los adjetivos como *positivo* significan una cosa en la lengua (equivalente más o menos afirmativo) y otros en el discurso. En el lenguaje, todo lo repetido se acumula en el cerebro y alcanza su propia importancia, determinando y ‘cargando’ eventualmente, en mayor o menor medida, los valores de cada palabra en los diferentes contextos y situaciones en que aparece.

10.4) Clases de palabras según su función sintáctica: la propuesta de Hengeveld

Hengeveld (1992), es autor de un modelo de clases diferenciadas de elementos léxicos según las funciones sintácticas que cumplen. Este modelo, a pesar de las numerosas críticas que ha recibido (p.ej. Croft, 2000:68-72), tiene sin embargo un enorme poder descriptivo ya que ofrece una visión de conjunto de todas las posibilidades teóricas y reales de organizar los lexemas en clases de palabras de acuerdo con unos criterios específicos, en concreto criterios funcionales. Las funciones en cuestión con las que trabaja Hengeveld son las de *predicado*, *término* (sujeto u objeto), *modificador del término* (atributo) y *modificador del predicado* o *de otro modificador* (adverbio). Según el esquema:

1) *Uso del predicado*: aquel que puede, sin marcación especial, ser usado como predicado.

2) *Uso del término*: aquel que puede, sin especial marcación, ser usado como núcleo de un término.

3) *Uso del modificador del término*: aquel que puede, sin especial marcación, ser usado como modificador del término.

4) *Uso del modificador del predicado*: aquel que puede, sin marcación especial, ser usado como modificador de un predicado o de otro modificador.

Si cada combinación de funciones define una posible parte de la oración, hay un total de quince partes posibles de la oración, aunque según Hengeveld sólo seis aparecen atestiguadas. Las partes de la oración de este modelo son las siguientes:

parte de la oración	uso predicativo (p)	uso de término (t)	uso de modificador de término (mt)	uso de modificador de predicado (mp)
V	X			
N	X	X		
A	X		X	
AD	X			X
A/AD	X		X	X
N/A/AD	X	X	X	X

Según Hengeveld (1992: 69), existen 63 (2^6-1) posibles combinaciones de las partes de la oración, de las cuales únicamente siete aparecen en las lenguas del mundo:

	p	t	m t	mp
1°	V/N/A/AD			
2°	V	N/A/AD		
3°	V	N	A/AD	
4°	V	N	A	AD
5°	V	N	A	
6°	V	N		
7°	V			

En este esquema se muestra claramente que el sistema 4 es el más diferenciado, con clases separadas que sirven para las funciones de predicado, término, modificador de término y modificador de predicado. Un ejemplo sería el sistema del inglés. Los sistemas menos diferenciados funcionan de dos maneras: del 5 al 7 los lexemas retienen sus funciones especializadas pero el número de funciones es reducido. En sentido contrario (3-1) el número de funciones se retiene, pero los lexemas son polifuncionales. En las

lenguas de tipo 5 no existen modificadores predicativos. En su lugar existen predicaciones dependientes, tales como verbos seriales. En las lenguas del tipo 6 y 7 los modificadores del término, incluso el término, están ausentes; y predicaciones dependientes ocupan sus funciones. Ejemplo de la lengua tipo 5 es el wambon, del tipo 6 el hausa y del tipo 7 el tucará. En las lenguas del tipo 3, como el holandés, existe una clase de lexemas flexibles que sirven tanto como modificadores de predicado como modificadores de términos. En las lenguas del tipo 2, como el quechua, la clase de lexemas flexibles también cumple la función de término; además está la clase verbal, que se reserva sólo para usos predicativos. Finalmente, en las lenguas del tipo 1, como el tongano, incluso la clase verbal está ausente y todas las palabras pueden ser utilizadas en todas las funciones.

Los siguientes ejemplos del tongano (Churchward, C. M., 1953) muestran la facilidad con la que cualquier lexema es utilizado con varios valores clasales:

<i>loto</i>	(mente): <i>honau lotó</i> 'su (de ellos) mente' (desear, consentir en): <i>'oku nau loto ke omi</i> 'ellos están mentalizados (desean o consenten) para venir'
<i>'uha</i>	(lluvia) (llover): <i>n 'ae úha</i> 'llovió'
<i>la 'ā</i>	(sol) (solear): <i>'oku la 'ā</i> 'está soleado'
<i>matangi</i>	(viento) (ventear): <i>mahalo 'e matangi</i> 'quizás hará viento (venteará)'
<i>apitanga</i>	(campamento) (acampar): <i>'oku nau 'apitanga 'i Kolonga</i> 'están acampando en Kolonga'
<i>Sāpate</i>	(sábado y domingo) (pasar el fin de semana): <i>te u 'alu 'o Sāpate 'i Nafualu</i> 'iré y pasaré el fin de semana en Nafualu'
<i>matapā</i>	(puerta) (tener puerta): <i>na 'e matapā taha e falé</i> 'la casa tenía una puerta'

En tongano tampoco se distingue entre sustantivos y adjetivos:

<i>tangata</i>	(hombre) (masculino): <i>ha sipi tangata</i> 'una oveja masculina (carnero)'
<i>fefine</i>	(mujer) (femenino): <i>ha sipi fefine</i> (una oveja hembra)

la 'ā (sol)
(soleado): *ha 'aho la 'ā* 'un día soleado'

También se da el solapamiento entre sustantivos y adverbios:

'aho (día)
(de día): *'oku ou mohe 'aho* 'yo duermo durante el día'

Nociones primariamente verbales usadas también como sustantivos, adjetivos o adverbios:

tohi (escribir)
(escrito): *ha tohi* 'una cosa escrita'

tau (luchar)
(luchador): *ha tangata tau* 'un hombre luchador'

lea (hablar)
(hablador): *ha hele'uhila lea* 'un cuadro parlante (film)'

falala (apoyarse, confiar)
(confiadamente): *'oku mau 'amanaki falala* 'nosotros esperamos confiadamente'

'ahi'ahi (probar)
(a prueba) *'e fanakofo 'ahi'ahi kinautolu* 'serán contratados a prueba'

Lexemas que predominantemente contienen nociones adjetivales se usan como verbos y adverbios:

masiva (pobre): *ha tangata masiva* 'un pobre hombre'
(ser pobre): *na 'á ku masiva* 'yo era pobre'

lelei (bueno)
(bien): *te u tokanga lelei ki ai* 'lo atenderé bien'

En mokilés (Harrison, 1976), existen numerosas palabras que, con la misma forma, poseen significado verbal y significado nominal. En algunos casos los hablantes del mokilés sienten que el significado verbal es el central y que el significado nominal se deriva de él. En otros casos ocurre lo contrario y en otros, como los siguientes, es difícil de decidir:

<i>aproa</i> (nominal)	'su hombro'
<i>aproa</i> (verbal)	'llevar al hombro'

<i>inapnap</i> (nominal)	‘cojín’
<i>inapnap</i> (verbal)	‘amortiguar’
<i>deidei</i> (nominal)	‘una parcela de taro preparada por el hombre’
<i>deidei</i> (verbal)	‘cavar’
<i>kojuk</i> (nominal)	‘arma de fuego’
<i>kojuk</i> (verbal)	‘disparar’

Multifuncionalidad clasal y tipos de lenguas.

El fenómeno de la multifuncionalidad, en lo que respecta a la distinción nombre-verbo no es único en las familias de lenguas polinesias. De hecho, es también un rasgo destacado del inglés. El siguiente texto de C.E. Bazell es una excelente exposición de los posibles acercamientos a la clasificación de las palabras inglesas *rob*, *thief*, *call* y *show* y puede servir como una apropiada introducción a las distintas perspectivas desde las que se puede enfocar el problema:

“Un lingüista expondrá sin duda que hay una relación de solapación entre las clases de nombre y verbo tal que una misma unidad puede ser miembro de ambas clases. Un segundo lingüista puede exponer que aquí hay tres clases de unidades, tres partes del discurso. Así, si elegimos llamar *thief* un nombre y *rob* un verbo, tendremos que encontrar sin más remedio un tercer término para unidades tales como *call* y *show*. Para un tercer lingüista, *call* y *show* pueden ser considerados como unidades diferentes, simples homófonos, en una función y en la otra. Un cuarto lingüista podría optar por decir que aquí sólo hay una única clase de palabras que contiene sin embargo un grupo de palabras con paradigmas defectivos” (Bazell 1958:7).

La virtualidad de usar nombres como verbos y verbos como nombres no es por tanto exclusiva de ninguna clase específica de lenguas desde el punto de vista genético. Como es sabido, el inglés es una lengua de origen indoeuropeo que gracias a su parcial transformación de lengua flexiva a lengua aislante tiene una prodigiosa capacidad para crear nuevas palabras mediante la *conversión*. Verbos denominales en inglés son, p.ej.: *to houseguest*, *to whist the ball*, *to stiff-upper-lipp*, *to timber off*, *to sugar-coat*, *to white-wash*, etc. (Clark y Clark, 1979: 767-768).

Existen muchas lenguas en las que los sustantivos propiamente dichos son prácticamente inexistentes. Para designar a los entes se utilizan construcciones verbales.

La diferencia entre lenguas con muchos sustantivos como las europeas y lenguas con pocos sustantivos ha sido estudiada por diversos autores. Hans Vogt (1940:48- 55) ofrece numerosos ejemplos en kalispel, lengua salish. En kalispel la mayoría de las denominaciones para entes se obtienen mediante expresiones diversas, fundamentalmente de carácter verbal. Así un ‘árbol’ es *-esšit* ‘un objeto largo en posición vertical’ y un ‘mástil’ es *ənšt'étk^u* ‘un objeto largo en posición vertical en el agua’. En kalispel existe un procedimiento general nominalizador: mediante la adición del prefijo *s-* con el cual se forman nombres verbales a partir de radicales verbales:

<i>mén'x^u</i>	‘él fuma’	→	<i>səmén'x^u</i>	‘tabaco’, i.e. ‘lo que se fuma’
<i>’ĭn</i>	‘él come’	→	<i>s'’ĭn</i>	‘comida’, i.e. ‘lo que se come’
<i>t'i:pəmétk^u</i>	‘el agua cae’	→	<i>st'i:pəmétk^u</i>	‘cascada’
<i>ik^uil</i>	‘ello es rojo’	→	<i>sk^ukul'il'</i>	‘el sol’, i.d. ‘lo enrojado’

Como el kalispel, el navajo es una lengua que construye sus denominaciones nominales a partir de otros elementos, fundamentalmente verbos. Su vocabulario está compuesto de palabras que son en sí mismas auténticas definiciones como se ve en los ejemplos siguientes (Reichard, 1974: 358):

<i>dá-dítí</i>	‘la puerta’ (lit. ‘largo objeto que yace enfrente’)
<i>do-bi ntsixáke-sígi-’áxo-dza</i>	‘accidente’ (lit. ‘eso que no se pensaba que sucediera’)
<i>’awé’-yi-’nitéhi</i>	‘cuna’ (lit. ‘aquello en lo que se acuesta el niño’)
<i>be-’ - dítíhi</i>	‘llave’ (lit. ‘ese largo objeto mediante el cual hay apertura’)
<i>bé-c bit i-yá’ál’ini</i>	‘hornillo’ (lit. ‘hierro en el cual se prepara la comida’)
<i>t i-yá’al’ini góne</i>	‘cocina’ (lit. ‘habitación en la que la comida se prepara’)

m Los casos del kalispel y el navajo no son únicos. En muchas lenguas algonquinas y atabascanas se evidencia la superioridad del verbo frente a la debilidad de los sustantivos. Mithun (1998:177) analiza una narración breve en mohaqués (lengua iroquesa hablada en Canadá cuyo nombre anglosajón es Mohawk) y nota que en la traducción inglesa hay nueve nombres y nueve verbos, mientras que en mohaqués tenemos dos nombres y catorce verbos. La razón de esta disparidad es que en mohaqués se utilizan verbos para denotar objetos. La misma autora estudió el tuscarora, lengua en la que las raíces verbales son el núcleo para la formación de otras clases de elementos que cumplen la función de sustantivos, adjetivos, etc. (Mithun 1976: 208):

<i>okerhó:tsreh</i>				
<i>o +</i>	<i>kerh +</i>	<i>o +</i>	<i>tsr +</i>	<i>eh +</i>
no humano objeto +	‘cuerpo’+	‘cubrir’+	nominalizador +	sufijo nominal +
aquello-	que-	cubre-	el-	cuerpo
‘vestido’				

ra- *kwá:tihs*
 MASC.SUJ- joven
 ‘él es joven’ = ‘chico’

ka- *téskr- ahs*
 NEUTR.SUJ- apestar- IMPERF
 ‘ello apesta’ = ‘cabra’

ra-kwá:tihs *wa-hr-ø-atkáhto-ʔ* *ka-téskr-ahs*
 MAC.SUJ-joven PAS-MASC.SUJ.-OBJ-mirar.hacia-PUNTUAL NEUTR.SUJ-joven
 ‘él es joven, él lo miró, ello apesta’ = ‘el chico miró a la cabra’

10.5) Ventajas y desventajas relativas de los distintos sistemas de clasaci3n.

El problema de las partes de la oraci3n corresponde a un aspecto de la escisi3n clasal, que no es otro que distinciones lingüísticas que el mundo intermedio del lenguaje impone sobre el mundo objetivo. En relaci3n con las aproximaciones enfrentadas de ‘universalistas’ y ‘diferencialistas’ se plantean hoy en la lingüística y tipología los siguientes puntos:

1) La existencia de clases de palabras supone la existencia de ‘tallas’ o ‘medidas’ discontinuas que se aplican a los *realia*. El conjunto de realidades del mundo es suficientemente diferente como para aceptar una divisi3n en clases. La diferencia de los *realia* sin embargo no está nítidamente dibujada y la divisi3n nombre / verbo/ adjetivo/ adverbio, etc., de las lenguas europeas es sólo una de las posibles soluciones clasales. Por otra parte, una vez determinado un modelo de clases, este ha de superimponerse a todo el conjunto de *realia* simbolizado por la lengua, es decir, todas las cosas a través de la palabra que las designa quedan asignadas a una de las clases. Esto implica que las ‘soluciones clasales’ serán más afortunadas en unos casos y menos en otros. Ninguna taxonomía escalar que dé cuenta de un continuo puede aspirar a que en todas y cada una de las asignaciones o inclusiones se produzca un acoplamiento perfecto. De hecho, la clasaci3n en algunos casos aparece como una ‘violencia’ superimpuesta a los *realia*. La parte semántica del signo que tiene que ser fiel a los *realia* a menudo se rebela contra tal tiranía y lo hace con diversos procedimientos: aparici3n de subclases de clases, p.ej. subclases de sustantivos, verbos, adjetivos que no aparecen con rasgos externos formales sino en la distribuci3n (criptotipos). En otros casos el rechazo a la decantaci3n obligatoria se hace mediante la multidecantaci3n, es decir un mismo *realia* aflora en la superficie de la lengua en varias clases (cf. *doler, dolor, doloroso; temer, temor,*

temeroso; llover, lluvia; tronar, trueno) (cf. el tronar del trueno, *el llover de la lluvia). La existencia de clases y la existencia de signos que representan cosas se resuelve por tanto no con una aceptación mecánica de la uniformidad sino con un acoplamiento dialéctico. El universo entorno no es uniforme y la uniformidad que sobreimpone el lenguaje se acepta con diversas resistencias.

2) La polémica sobre si todas las lenguas distinguen o no entre la categoría de **nombre** y **verbo** se plantea mal si se plantea como una cuestión de todo o nada ya que debe plantearse en términos de más o menos, es decir es un problema gradencial. Tal distinción se hace mediante la suma y acumulación de rasgos formales y distribucionales. Ciertamente hay lenguas sin marca formal externa alguna que distinga a los verbos de los sustantivos, pero que sin embargo presentan distinciones distribucionales. Con todo, el hecho de que una categoría lingüística tenga una expresión y distinción **abierta** o **cubierta** (*covert* y *overt* en la terminología de Whorf), no es en absoluto desdeñable. Las distinciones categoriales y por tanto cognitivas existen en las lenguas en distinto grado según lo afianzadas que estén tales distinciones en medios de expresión formales y explícitos. Así p.ej., la distinción que en español se hace con medios explícitos, como son los verbos ‘*ser-estar*’, se realiza en inglés y en otras lenguas mediante otra serie de medios no sistemáticos. Este hecho no implica, sin embargo, que la distinción que se establece en español mediante ‘ser’ y ‘estar’ exista en igual grado de distinción en todas las lenguas. La distinción entre verbos y sustantivos se plantea en lenguas como el mundari (Bhat, 2000: 58) o el nootka con un grado mínimo de diferenciación, mientras que en otras lenguas se plantea con una diferenciación máxima.

3) Se puede plantear cuál es la mejor situación lingüística respecto a las distinciones clasales: distinción leve, distinción media o distinción tajante. El problema debe enfocarse desde el punto de vista de la adecuada clasificación clasal de los *realia* como desde la perspectiva de una mejor producción y expresión comunicativas. Un exceso de distinción no es un buen reflejo del panorama real que presenta el mundo entorno y es antieconómico productivamente. El español en este sentido es pesado y rígido, frente a la extraordinaria versatilidad del inglés (el español tiene además dificultades adicionales porque frecuentemente sus nociones nominales y verbales no están bien conectadas; así, ‘mañana’ se conecta con ‘procrastinar’ y no con ‘mañanear’ (que existe en español con el sentido de ‘madrugar habitualmente’; y no tiene flexibilidad para producir lexemas como *sabadear, *dominguear). La decantación clasal obligatoria de todos los *realia* a menudo motiva como contrapeso el fenómeno de la **multidecantación léxica** (*temer, temor*).

4) Desde el punto de vista productivo y expresivo, las ventajas de una fácil reclasación (conversión) son evidentes. Lexicogénicamente la conversión es un procedimiento tan

útil como la derivación y más económico que la composición. El facilitar formal y cognitivamente el tránsito entre nociones estables e inestables multiplica el poder expresivo de la lengua. Así, en la lengua mundari existen las siguientes nociones ligadas (Bhat 2000:57):

<i>buru</i>	‘una montaña, amontonar’
<i>gapa</i>	‘mañana, procrastinar’
<i>haTing</i>	‘una parte, dividir’
<i>kumRu</i>	‘un ladrón, robar’
<i>kali</i>	‘una lengua, hablar’
<i>lutur</i>	‘oreja, escuchar’

El inglés es un buen ejemplo de la expresividad y versatilidad que una lengua cobra al tener posibilidad rápida de reclasar un lexema. En el trabajo ya mencionado de Clark y Clark (1979) se ofrecen centenares de nuevos ejemplos de uso de sustantivos como verbos, aparte de los miles que aparecen en los diccionarios. El inglés, gracias a la *conversión*, tiene la posibilidad de ofertar la gran cantidad de información que designa el sustantivo empaquetada formalmente como un verbo. Como se ha indicado (§ 10.2) el verbo tiene más contenido semántico que el adjetivo pero menos que el sustantivo. Por esta razón, al usar un sustantivo como verbo se crea un verbo semánticamente denso. Así una palabra como *cocoon* ‘capullo’ al pasar a usarse como verbo adquiere el sentido de ‘envolver en tela, manta, etc. de tal manera que la persona parece estar envuelta en un capullo’. Estos verbos de procedencia sustantiva son más detallistas y explícitos que palabras genéricas como *wrap up* (arropar, envolver). Otros ejemplos son: *silo the corn* ‘almacenar el grano en un silo’; *latin the speech* ‘llenar el discurso de palabras latinas o de origen latino’; *blanket the bed* ‘poner mantas a la cama’; *newspaper the shelves* ‘cubrir las estanterías con periódicos’; *cube the potatoes* ‘cortar las patatas en cubos’; *match-stick the potatoes* ‘cortar las patatas en tiras finas’; *julienne the potatoes* ‘cortas las patatas en trocitos pequeños para la sopa’, etc. La extracción de un sentido verbal de un contenido lexémico sustantivo se realiza de acuerdo con unas complejas leyes de saliencia semántica (antonomasia), es decir, se relaciona el sustantivo con un tipo de actividad que cognitivamente esté más vinculada y destacada de entre las muchas que se pueden vincular a dicho sustantivo. De ‘forraje’ se saca el verbo ‘forrajear’, que es ‘acumular forraje’ y también ‘comer los animales’, y no otros posibles sentidos como ‘comprar forraje’ o ‘crecer la hierba que será forraje’. También tiene importancia la oportunidad expresivo-comunicacional en la aparición y aceptación de un nuevo sentido. Un lexema sustantivo que pasa a usarse como verbo tenderá a desarrollar un sentido nuevo en la lengua y no a repetir un sentido o acepción que esté ya expresado por otro término.